

cultura

Antiolímpicos

Víctor Pliego

ME encantan los espectáculos y me gusta practicar varios deportes, pero el deporte convertido en espectáculo me parece una aberración. Es un disparate considerar “aficionados” a un deporte cualquiera a quienes se pasan los domingos tirados en el sofá, delante del televisor, deglutiendo cerveza y devorando hamburguesas. Esa actividad, conocida como “sillón-ball”, no merece ser llamada deporte. No lo es de hecho, ni por los valores que fomenta.

El verdadero deporte promueve el esfuerzo personal, la responsabilidad, el afán de superación, la solidaridad y el respeto a los demás. El deporte como espectáculo más bien difunde todo lo contrario: pereza física e intelectual, individualismo, dogmatismo y enfrentamientos irracionales. No gusta y aún menos sus corolarios. A tal punto llega mi aversión que tampoco soporto las voces de quienes lo corean en los medios de comunicación.

Los reporteros que se dedican a este tema tienen una forma especial de proyectar la voz, un afectado entusiasmo, un tono agudo y chillón, con una tensión constante, innecesaria y desagradable. Son voces tan características como las que tenían antaño las azafatas que daban las explicaciones en los aviones; son maneras de hablar propias de un gremio. Quizá los comentaristas subieran de tono en algún momento para hacerse entender mejor por encima del rugido en los estadios. Esas voces, que a mi me parecen tan antipáticas, atraen sin embargo a las grandes masas de aficionados y se cotizan tanto como las de los grandes cantantes de ópera. Pero también advierto una evidente analogía entre ese tono deportivo y el que emplearon algunos crueles dictadores militares del siglo pasado que enfatizaban hacia el agudo sus fogosos discursos rayando el ridículo. ¿Hay, tal vez, algún secreto vínculo entre las dictaduras y los deportes de masas?